

EL CAMPO SEMÁNTICO DE LA EDUCACIÓN EN LA PRIMERA SERIE DE LOS *EPISODIOS NACIONALES*

THE SEMANTIC FIELD OF EDUCATION IN THE FIRST SERIE OF *EPISODIOS NACIONALES*

Miguel Sánchez García *

RESUMEN

La propuesta que presentamos se centra en la primera serie de los *Episodios Nacionales* e indaga en la utilización de un conjunto de palabras asociadas al campo semántico de la educación. El aprendizaje, la formación, el conocimiento desempeñan un papel de primer orden en la construcción de la sociedad que el escritor promueve. Pensamos, por ello, que este pensamiento ha de reflejarse en la composición léxica de sus obras. Creemos que los vocablos elegidos representan una muestra lo suficientemente significativa para establecer conclusiones razonables en este particular y un enfoque que puede resultar interesante a la hora de acercarse a esta parte especialmente significativa del universo galdosiano.

PALABRAS CLAVE: *Episodios Nacionales*, educación, progreso, política, semántica.

ABSTRACT

Our proposal focuses on the first series of the *Episodios Nacionales* and explores the use of a set of words associated to the semantic field of education. Learning, training, knowledge play a major role in building the society that promotes writer. We therefore thought that this must be reflected in the lexical composition of his works. We believe that the words chosen represent a significant enough sample to draw conclusions reasonable in this particular approach. It can be also interesting to approach to this part of the universe Galdosian especially significant.

KEYWORDS: *Episodios Nacionales*, education, progress, policy, semantics.

Galdós publica *Trafalgar*, el primero de los *Episodios Nacionales* que conforman la primera serie, en 1873 y el último, *La batalla de los Arapiles*, en 1875. Una obra de continuidad que lleva al lector los entresijos y vaivenes de la España de principios del XIX, que empieza con un combate acaecido el 21 de octubre de 1805 en la bahía de Cádiz y termina con otro, el 22 de julio de 1812, cerca de Salamanca. Galdós en esa época es un escritor joven que parte, como establece Joan Oleza (1976), de un «sistema de valores firmemente asentados en los conceptos de paz, orden y progreso» en el que la burguesía asume un rol fundamental. ¿Qué papel juega la educación en esta visión de la sociedad en la que el escritor quiere participar e influir? ¿Tiene peso explícito en la obra objeto de estudio como pilar en el que ha de sustentarse una España moderna? Para intentar responder a estas cuestiones indagamos en un conjunto de vocablos asociados al campo semántico de la educación, concretamente: educación, cultura, conocimiento, formación, escuela, medrar, conocer, instruido, aprendizaje, aprender, aprendido, enseñanza, enseñar, enseñado, sabiduría, saber, lectura, leer, leído, estudio, estudiar, estudiado, adiestramiento, adiestrar y adiestrado.

Expone Vicente Llorens (1968, 52):

Galdós no es tan sólo el más cabal exponente literario de la clase media de su tiempo por haber centrado en ella la casi totalidad de su obra novelística. Lo es también porque escribe para ella. De ahí su estilo «agarbanzado» que la estetizante generación del 98 no le perdonará.

(...)

Lo que para el esteticismo posterior rezumaba vulgaridad, para Galdós era en verdad un doble triunfo, como expresión natural del personaje corriente, y expresión adecuada para la fi-

* Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

nalidad docente que perseguía. Sin que, por su naturalidad, dejara de ser una innovación literaria frente al estilo académico, oratorio y casticista de otros escritores.

Esta finalidad docente que comenta Vicente Llorens va dirigida al ciudadano de clase media que le sigue en sus propuestas literarias, un sector de la población en el que Galdós depositaba la confianza para un cambio significativo en lo político y en lo social de España. Ello no quiere decir, como comenta García Bolta (1989), que fuera el único sector que le leyera. Al escritor canario lo leen desde las clases más humildes hasta las más cultas. Obviamente, el nivel de exigencia, de comprensión, no será el mismo. Unos se conforman con la historia principal, otros indagan en sus matices, en su composición, en su mensaje. Expone García Bolta (1989, 526):

Otro lector es el intelectual que le anima a que siga escribiendo y reconoce su gran mérito en un país en donde la crítica, si la hay, no coopera a sacar adelante al escritor porque no lo entiende. Es justo este lector el que tendrá en más estima la novela de la segunda manera y los *Episodios Nacionales* porque advierte en ellos un estudio más serio y profundo de los personajes, una observación atenta de la realidad elevada a la categoría artística y una narración de los sucesos históricos en donde domina el sentimiento patriótico junto al movimiento, la acción y el valor ajeno a todo partidismo.

La educación es un motor de cambio importante y el autor lo sabe. No puede quedar fuera de una trama argumental que no solo revisa la historia reciente sino que propone implícitamente caminos para el cambio. Y este ha de hacerse desde el conocimiento. No se trata solo de saber escribir y leer, sino de qué leer, pues las lecturas, como las personas, influyen en nuestra concepción del mundo, en nuestra construcción como ciudadanos. El protagonista de la primera serie de los *Episodios Nacionales* es Gabriel Araceli, que cuenta con 14 años cuando acontece la batalla de Trafalgar: «La memoria no me da luz alguna sobre mi persona y mis acciones en la niñez, sino desde la edad de seis años; y si recuerdo esta fecha es porque la asocio a un suceso naval de que oí hablar entonces: el combate del cabo de San Vicente, acaecido en 1797» (*Trafalgar*, p. 21).¹

Con diez y seis años cuando tiene lugar la Conjura del Escorial, encabezada por Fernando VII, que buscaba la destitución de Manuel Godoy y el destronamiento de su padre, Carlos IV:

Esto pasaba a fines de 1805; pero lo que voy a contar ocurrió dos años después, en 1807, y cuando yo tenía, si mis cuentas son exactas, dieciséis años, lindando ya con los diecisiete (*La corte de Carlos IV*, p. 155).

—Yo tengo dieciséis años —continué—, tú quince; de modo que no hay más que hablar. Aprenderé un oficio, en el cual pienso ganar pronto muchísimo dinero, que tú irás guardando para nuestra boda. Verás, verás qué bien vamos a estar. ¿Quieres, sí o no? (*La corte de Carlos IV*, p. 293).

Veintiún años, por tanto, cuando acaece la Batalla de los Arapiles. Llama la atención el final de esta primera serie. Dice el protagonista:

Adiós, mis queridos amigos. No me atrevo a deciros que me imitéis, porque sería inmodestia; pero si sois jóvenes, si os halláis postergados por la fortuna, si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas, y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo (*La batalla de los Arapiles*, p. 998).

Asistimos al proyecto vital de Gabriel Araceli. No es el final de un pícaro, de un criado, sino el de un joven que logra el éxito personal y profesional. En este proceso de construcción del personaje la educación y el conocimiento juegan un papel destacado. Pruebas de este testimonio encontramos en los diferentes relatos.

En el cuadro (ver página siguiente) mostramos el léxico y su frecuencia de uso en los diferentes *Episodios Nacionales*. Seleccionamos para su comentario algunos fragmentos:

Educación: Este vocablo aparece más ligado a los episodios relacionados con la Corte. En *La Corte de Carlos IV*, a propósito de la obra de Leandro Fernández de Moratín, *El sí de las niñas*, y la educación de las señoritas, comenta Gabriel Araceli:

La obstinación de aquella doña Irene, empeñada en que su hija debía casarse con don Diego porque así cuadraba a su interés, y la torpeza con que cerraba los ojos a la evidencia, creyendo que el consentimiento de su hija era sincero, sin más garantía que la educación de las monjas; (p. 168).

Pero me parece laudable la intención del autor, que se ha propuesto aquí, según creo, censurar los vicios de la educación que dan a las niñas del día, encerrándolas en los conventos y enseñándolas a disimular y a mentir... (p. 169).

En *Cádiz* la palabra educación vuelve a tomar fuerza de la mano de la marquesa de Rumblar y las tertulias asociadas.

Yo no me ocupo más que del matrimonio de mi querido hijo, que se efectuará en breve, y de completar la educación religiosa de mi hija —señaló a Asunción— que debe entrar muy pronto en un convento de Recoletas, siguiendo su decidida e inquebrantable inclinación (Habla la de Rumblar a Gabriel, p. 420).

Ostolaza, Teneyro y don Paco estaban muy metidos en lenguas disertando sobre los grandes males de la educación a la moderna, y forzosamente me enredaron en su coloquio, teniendo ocasión de lucir mi intolerancia, y un poco de cierta erudicioncilla trasnochada que yo tenía para el caso (Gabriel comenta la tertulia en casa de la marquesa, p. 428).

Era tierna, sensible, voluble, traviesa, y por efecto de la educación, disimuladora y comedianta como pocas; pero en ocasiones tan ingenua, que no había pliegue de su corazón que ocultase, ni escondrijo de su alma que no descubriese (Gabriel habla de la muchacha Presentación, p. 471).

—La estudiante es Inés, hija como usted sabe... dejémonos de misterios... hija de la buena pieza de mi parienta la condesa y de un estudiantillo llamado don Luis. He querido sacar algún partido de esa infeliz; pero no es posible. Su liviana condición la hace incapaz de toda enmienda. Vale bien poco. ¿Es cierto que la sacó usted de casa?

—Sí, señora. La saqué para llevarla al lado de su madre. Me vanaglorio de esta acción más que de la que usted acaba de presenciar.

—¿Y la ama usted?

—Sí, señora.

—Es una lástima. La estudiante es indigna de usted. Yo se la regalo. Puede usted divertirse con ella... Será como su madre... Le han dado una educación lamentable, y criada entre gente humildísima, tuvo tiempo de aprender toda clase de malicias.

Oí tales palabras con indignación, pero callé (Diálogo entre Araceli y la marquesa de Rumblar, pp. 569-570).

Cultura: Aparece muy poco, y curiosamente, su índice de frecuencia está asociado igualmente a los mismos episodios nacionales. En *La Corte de Carlos IV*, con Moratín y la cultura de los espectadores. En *Cádiz*, con la descripción de la ciudad.

Tabla léxico utilizado:²

Episodio	Palabras												
	educación cultura	conocimiento formación	escuela medir	conocer instruido	aprendizaje aprender aprendido	enseñanza enseñar enseñado	sabiduría saber	lectura leer leído	estudio estudiar estudiado	adiestramiento adiestrar adiestrado			
<i>Trafalgar</i>	0	6****	3	7	1	0	0	1	4	1	4	0	
	1	2*	0	0	4	1	14	1	0	0	0	0	
	6	7	12	20	0	4	7	3	3	3	3	0	
<i>La corte de Carlos IV</i>	2	0	4	0	10	1	40	8	2	2	0	0	
	2	4	1	10	3	6		11	0	0	0	0	
<i>El 19 de marzo y el 2 de mayo</i>	0	1*	0	0	0	0	18	13	0	0	0	0	
	3	1	5	11	1	1	0	5	1	1	0	0	
<i>Bailén</i>	0	1*	0	2	7	8	25	18	1	1	0	0	
	1	8	1	11	0	1	2	5	2	2	0	0	
<i>Napoleón en Chamartín</i>	0	3*	0	1	1	2	31	18	3	3	0	0	
	4	1	6**	3	3	1		8	2	2	0	0	
<i>Zaragoza</i>	0	0	0	0	0	4	19	1	0	0	0	0	
	0	2	4	8	1	0	1	0	0	0	0	0	
<i>Gerona</i>	1	1*	0	0	1	0	18	7	0	0	0	0	
	7	9	4	16	0	0	1	1	1	1	0	0	
<i>Cádiz</i>	2	0	0	2	4	1	34	17	0	0	1***	0	
	0	3	4	7	9	1		2	1	1	0	0	
<i>Juan Martín el Empecinado</i>	0	1*	0	1	4	3	16	1	1	1	1	1	
	0	13****	2	25	1	3	0	0	1	1	0	0	
<i>La batalla de los Arapiles</i>	0	0	0	0	1	1	33	9	3	3	0	0	
					1	1		9	1	1	0	0	

Conocimiento: Es un vocablo de significado abierto: adquirir conocimiento, poner en conocimiento, conocer algo, conocer a alguien, conocer de algún asunto, tomar conocimiento... Galdós utiliza a veces la palabra 'conocimiento' para hablar del saber que va más allá de la educación, que puede estar

asociada a la instrucción. El conocimiento (formal e informal) está asociado a la experiencia de la vida (personas que has conocido, situaciones...).

Pertenecía aquel joven a la Guardia Real, y sus conocimientos no traspasaban más allá de la ciencia heráldica, en que era muy experto, del arte del toreo y la equitación. Su constante oficio era la galantería arriba y abajo, en los estrados y en los bailes de candil (Gabriel habla de don Juan de Mañara, *La corte de Carlos IV*, p. 207).

Formación: Asociado este vocablo a la disposición militar.

Escuela: No es muy significativo su uso, pero destaca especialmente en *La Corte de Carlos IV*. Asociado, por una parte, a las escuelas literarias, otras a la propia institución, otras a la enseñanza de la vida.

Medrar: Esta palabra, cuyo significado es «mejorar de fortuna aumentando sus bienes, reputación, etc.» (DRAE), es poco utilizado. Nosotros lo incluimos para investigar su uso asociado al ascenso sin mérito personal alguno. Solo aparece cuatro veces en *La Corte de Carlos IV* y está ligado a los entresijos de la Corte:

Si vieras tú qué feas son ciertas cosas cuando se las ve de cerca. El que quiere medrar en los Palacios, tiene que cometer mil bajezas, contrarias al honor, porque yo tengo también mi honor, sí señora... Nada, nada: dejémonos de virreinos y de bambollas. He sido un alma de cántaro; pero bien dice el señor cura, tu tío, que la experiencia es una llama que no alumbra sino quemando. Yo me he quemado vivo; pero ¡ay! hija, ¡si vieras cuánto he aprendido! Ya te contaré (Gabriel habla con Inés, pp. 292-293).

Conocer: Vocablo de significado abierto: conocer algo, conocer a alguien, conocer de alguien algo, dar a conocer a alguien, conocer la vida. Aparece muy poco en relación con la sabiduría, las más de las veces a dar a conocer o saber de una persona, saber de una noticia. Galdós utiliza este vocablo, que pone en boca de Gabriel Araceli, para presentar, tanto física como psicológicamente a los personajes.

Hombre nulo, ignorante, sin más habilidad que la intriga, era el tipo del leguleyo chismoso y tramoyista que funda su ciencia en conocer, no los principios, sino los escondrijos, las tortuosidades y las fórmulas escurridizas del derecho, para enredar a su antojo las cosas más sencillas (Araceli del marqués Caballero, *La Corte de Carlos IV*, p. 248).

Yo estaba aterrado ¿a qué negarlo? Largo tiempo miré en silencio a aquel hombre, interrogándole con la vista. Quería sondearle y temía al mismo tiempo conocer sus pavorosos secretos (Gabriel habla de Santorcaz, *Juan Martín el Empecinado*, p. 680).

También para hacerlo partícipe de información interesante:

—Permítame usía que la diga que está muy equivocada —repuso Castillo—. Observando atentamente todos los impresos que salen a luz (y los papeles impresos son quien más que otra cosa alguna da a conocer lo que piensa y anhela un pueblo cualquiera); observando, digo, esto que aquí tenemos, se ve que los españoles, bajo la aparente conformidad que nos da la guerra, estamos muy divididos, y eso se conocerá cuando con las paces venga el deseo de establecer las nuevas leyes que nos han de regir (*Napoleón en Chamartín*, p. 737).

Es importante también su uso asociado a los lances de la guerra: «Le convidaban a comer, obsequiándole mucho; pero bien sabían todos que si nuestro capitán pisaba las alfombras de aquel palacio era *para conocer más de cerca a la canalla*, como él mismo decía» (Araceli habla de D. Pedro Velarde, *Bailén*, p. 534).

Instruido: Uso militar y civil.

Creen que es posible luchar ventajosamente contra las tropas más aguerridas del mundo, sin otros elementos que un ejército escaso, mal instruido, y esas nubes de paisanos que quieren armarse en todos los pueblos (Habla Santorcaz, *Bailén*, p. 534).

El ayo volvió a mirar compungidamente a la condesa, pintando en sus húmedos ojos la persuasión de que no había instruido al mayorazgo en tales iniquidades, y doña María reprendió a su hijo con majestad verdaderamente regia, diciéndole con pausa y aplomo estas amargas palabras (A propósito de D. Diego de Rumbiar, *Bailén*, p. 633).

Aprender: Uso general. Destaca en *La corte de Carlos IV*. Aprender el oficio, aprender malas mañas, aprender a tener juicio, a medrar, a escribir, a padecer, a disimular, aprender de memoria. Rastreamos tanto el infinitivo como el participio del verbo, pues entendemos que las dos formas se complementan:

–Eso no tiene duda, señora. Pero yo he nacido en humilde cuna, yo no tengo padres, yo no he aprendido más que a leer, y eso muy mal, en libros que tengan letras como el puño, y apenas escribo más que mi firma y rúbrica en la cual hago más rasgos que todos los escribanos del gremio.

–Pues es preciso pensar en tu educación: el hombre debe ilustrarse. Yo me encargo de eso. Pero será con la condición de que has de servirme fielmente; no me canso de repetírtelo (Araceli con Amaranta, *La Corte de Carlos IV*, p. 243).

Ella se afligió mucho, y yo añadí: «Es preciso tener resignación, es preciso aprender a padecer. Yo no quiero contrariar ya una inclinación tan decidida, porque antes que todo es tu felicidad (Amaranta habla con el padre Salmón, de la orden de la Merced, *Napoleón en Chamartín*, p. 854).

–¿Lo conoce usted?

–Al instante. En cuanto veo a una persona.

–¿Dónde ha aprendido usted eso? ¿Lee usted novelas?

–Jamás. No las leo; pero las invento.

–Eso es peor (Presentación con Araceli, *Cádiz*, p. 477).

–Su hipocresía es superior a todo lo que puede concebirse. Ha aprendido a disimular con tal arte sus sentimientos, que todos se engañan respecto a ella (Inés habla de Asunción, que se ha fugado con Lord Gray, *Cádiz*, p. 519).

Enseñanza: significado abierto.

Ir a la calle de la Reina, número veintiuno, cuarto bajo, donde existía un taller de estampación para pintar telas, pues en aquel tiempo los vestidos de seda, generalmente de color claro, se pintaban según la moda, en términos que, cuando ésta pasaba, se volvía a pintar con distintos ramos y dibujos, realizando así una alianza feliz entre la moda y la economía, para enseñanza de los venideros tiempos (Habla Araceli de Madrid, *La Corte de Carlos IV*, pp. 155-156).

Destacamos en este fragmento la validez actual del discurso galdosiano.

–Yo he oído o leído en alguna parte que el teatro sirve de entretenimiento y de enseñanza.

–¡Patarata! Además, el señor Moratín se va a encontrar con la horma de su zapato, por meterse a criticar la educación que dan las señoras monjas (Araceli con un “poetastro” en el estreno de *El Sí de las Niñas* -24 de enero de 1806-, *La Corte de Carlos IV*, p. 170).

Gozaba en el conocimiento de la artillería de gran reputación, que aún conserva, pues sus estudios sirven hoy para la enseñanza de la juventud que a la guerra científica se consagra (Araceli habla de don Tomás de Morla, encargado de la defensa de Madrid, *Napoleón en Chamartín*, p. 778).

No quiero escribir una palabra más, sin daros a conocer a una persona que desde aquellos días ocupó lugar privilegiado en mi corazón, siendo a la vez como se verá por este relato, lección viva de mi existencia, pues la enseñanza que de su conocimiento me provino contribuyó de un modo poderoso a formar mi carácter (Araceli habla de Inés, *La Corte de Carlos IV*, p. 172).

Enseñar: Su utilización es muy significativa. Atendemos tanto al infinitivo como al participio.

La de menor edad era destinada al claustro, y mientras acariciaba doña María la grandiosa idea de ponerla en las Huelgas de Burgos, se acordó que tomara las lecciones necesarias para ser doctora, por lo cual el ayo de su hermano le había empezado a enseñar la primera declinación latina, que aprendió en un periquete, encontrando aquello muy bonito. La primera, esto es, Asunción, no tenía necesidad de aprender nada, porque era destinada al matrimonio.
(...)

También se preciaba don Paco de enseñar acertadamente la historia antigua y moderna a sus discípulos, aunque nosotros sabemos por documentos de autenticidad incontestable que en sus explicaciones nunca pasó más acá del arca de Noé (Araceli habla de don Paco, el ayo de don Diego de Rumblar, *Bailén*, p. 571).

—A ver, amigo —indicó Rumblar—, hábleme usted de esas cosas que me gustan. Todo lo que usted me decía anteayer, cuando íbamos de camino por aquí, me tenía encantado, y le juro que si no estuviera en vísperas de casarme y fuera preciso seguir con ayo, le diría a mi señora madre que le pusiera en lugar de don Paco, el cual bien se me alcanza que no me ha enseñado más que gansadas y tonterías (Diálogo entre D. Diego de Rumblar y Santorcaz, que representa la ‘cultura de la calle’, *Bailén*, p. 621).

¡Qué ranciedades, señora madre! —añadió con nuevo arrebató—. Yo quiero seguir en el ejército, yo quiero ir a Madrid para tratar a la gente que sabe, y a los filósofos, y leer la *Enciclopedia*, y ver las sociedades secretas, si las hay para entonces, y aprender lo que no sé, pues don Paco no me ha enseñado más que esa sandez de *Por el barandal del cielo* (Don Diego de Rumblar habla con su madre, *Bailén*, p. 633).

Sabiduría: Poco frecuente. Compendio de saber.

—¡Calumnias! —exclamó irritado el sacerdote—. Mi paisano, amigo y mecenas, el señor Príncipe de la Paz, debe su elevación a su gran mérito, y a su sabiduría y tacto político, y no a supuestas habilidades en la guitarra y las castañuelas, como dice el estólido vulgo (Habla de Godoy el padre Celestino, *La Corte de Carlos IV*, p. 176).

Pero no nos ocupemos de esto, que más bien causa risa que indignación, y fijemos la vista en el astro de las Galias que cual divino campeón viene a libertarnos de la tiranía de un necio valido, poniendo en el trono al augusto Príncipe en cuya sabiduría y prudencia fiamos (Habla de Godoy y Fernando VII el padre Salmón, *La Corte de Carlos IV*, p. 219).

Saber: Uso muy general. Hilo conductor de las peripecias amorosas, de las intrigas palaciegas, del devenir de la guerra. Conocimiento general sobre la vida y sus entresijos, conocimiento específico sobre un tema determinado. Sinónimo de conocer.

Lectura: (Libros, cartas, decretos...).

Así es la Mancha. Al atravesarla no podía menos de acordarme de don Quijote, cuya lectura estaba fresca en mi imaginación (Comenta Araceli, *Bailén*, p. 557).

Con esto y la firma de Amaranta terminaba la epístola, cuya lectura, absorbiendo mi atención, me distraía de la batalla (Comenta Araceli, *Bailén*, p. 661).

En *Napoleón en Chamartín* asistimos a una especie de ‘expurgo’ (no es tal) en casa de la condesa Amaranta, que nos recuerda al capítulo VI de la primera parte de *El Quijote*, en el que el cura y el barbero queman parte de biblioteca del manchego:

—Pues vengan —dijo Salmón—, y no creo que vuestra grandeza me niegue este saladísimo papel, cuyo solo título hace desternillar de risa, y es *El juego de Fernando VII con Napoleón y Murat al tresillo, libro en el que baxo las voces propias del tresillo se da una idea de lo acaecido con nuestro augusto soberano, del orgullo de Napoleón, y concluye con las exclamaciones más tiernas de nuestro oprimido Monarca*.

—Esto de decir en términos de tresillo lo que se puede expresar en castellano seco, me enamora —indicó Castillo.

—Precisamente en lo intrincado está el mérito de la invención —observó el otro fraile—. La prosa llana se cae de las manos, y así no comprendo cómo Vuestra Paternidad está ahora tan embebecido en la lectura de ese folleto, *Gobierno pronto y reformas necesarias* (pp. 736-737).

Entre tanto, póngame usía a un ladito estos libros que tratan de la Constitución y el despotismo, pues pienso examinarlos espaciosamente. ¿Pero qué veo? ¿Ha puesto vucencia en el montón escogido esos cuatro librillos de novelas simples? Parece mentira que en esta época empleen nuestros libreros su tiempo y dinero en traducir del francés tales majaderías... ¿A ver? *La marquesa de Brainville*, la *Etelvina*, los *Sibaritas*, el *Hipólito*. Vaya toda esta romancil caterva a deleitar al padre Salmón, y si tarda en devolverla, mejor, que así podrá vuestra grandeza entretenerse en mejores lecturas (p. 738).

Leer: (cartas, libros, decretos). Hilo conductor también de lances amorosos, políticos y militares. Buscamos también el participio (leído) como complemento del infinitivo.

—Pues ¿y qué me dice la señora condesa de este otro librito que ahora me cae en las manos, y lleva por nombre *La corte de las tres nobles artes, ideada para el inocente Fernando VII: anacreónticas*? Y la primera de estas anacreónticas se encabeza así: *Reglas que contribuyen a que un pueblo sea sano y hermoso*. Por mi hábito de la Merced que no entiendo esto del pueblo *sano y hermoso*, que se ha de conseguir por la corte de las tres nobles artes, y ha de exponerse en anacreónticas. Con permiso de vucencia me lo llevaré al convento para leerlo esta noche (Habla el padre Castillo a Amaranta durante la revisión de unos libros que han traído a la condesa, *Napoleón en Chamartín*, p. 731).

—Leo —repuso la condesa— las *Poesías patrióticas de don Manuel Josef Quintana*, que ahora salen por segunda vez a luz. Este tomo contiene la *Expedición de la Vacuna, las odas a Juan de Padilla, a España libre, al panteón del Escorial y a la Invención de la imprenta*.

—¡Oh! —exclamó el padre Castillo—. Bien lo decía yo: no pepitas de oro, sino perlas orientales habían de aparecer entre esta balumba. Póngame vucencia a ese poeta sobre las niñas de mis ojos, pues no me canso nunca de leerlo, y es tan grande el encanto que en mí producen su fogosa entonación, su grave estilo, su arrebatado estro, su numerosa cadencia, la gallardía de las imágenes, la verdad de los pensamientos, la elegancia de los símiles, la escogida casta de todas las voces y frases, que me olvido del apasionamiento y saña con que ataca institutos y personas que yo a causa de mi estado no puedo menos de reverenciar (Habla la condesa Amaranta al padre Castillo durante la revisión de unos libros que le han traído a la señora, *Napoleón en Chamartín*, pp. 735 y 736).

Pero todavía falta a vucencia el leer la más curiosa de las tres cartas que en aquella ocasión memorable vinieron a mis manos. Aquí está, y ella le hará ver la infame deslealtad de un criado de su propia casa (Habla Araceli a Amaranta, *Napoleón en Chamartín*, p. 749).

Estudio: Muy interesante su uso, pues se asocia a la formación que se ha recibido, que se tiene o se pudo haber tenido.

Tengo el grado de alférez, y como esto dure, pienso no parar hasta brigadier, renunciando para siempre a los pícaros estudios, que no traen más que trabajo en la juventud y hambre en la vejez (Habla Viriato a Araceli, *Juan Martín el Empecinado*, p. 590).

Cambió mi carácter; volvíme taciturno, huía del bullicio y las soledades eran mi delicia. Olvidé los estudios, olvidé a mis padres y a mis amigos, y puedo decir que no vivía en el mundo (Habla Santorcaz a Araceli, *Juan Martín el Empecinado*, p. 681).

Yo quería quitarme de encima la pesadumbre de la infamia que habían arrojado sobre mí; luchaba con las piedras que se me habían caído encima sepultándome, y mis débiles manos no podían levantar una sola. Quise ser militar y solicité una banderola; pero no se me concedió. Quise estudiar, pero ya era tarde. Había pasado la edad de los estudios, olvidándoseme lo que a tiempo aprendí. Mi padre, a cuya noticia llegó la artificial fama de mis faltas, me es-

cribió diciéndome que no volviera más a su casa y que me considerase huérfano (Sigue contando Santorcaz su vida y amores a Gabriel Araceli, *Juan Martín el Empecinado*, p. 682).

—¡Ay!, después empezaron nuevamente mis infortunios bajo otra forma. Dios decretó que yo padeciese, y padeciendo estoy... Óigame usted un momento más. Comencé mis estudios y las prácticas religiosas para ingresar en la Orden (Fray Juan de Dios a Araceli, *La batalla de los Arapiles*, p. 773).

—Pero mi honor no depende de vuestros pensamientos. Seríais un necio si creyeráis que esto es otra cosa que una curiosidad de inglesa, casi diré de artista y de viajera. Las costumbres y los caracteres de este país son dignos de profundo estudio (Miss Fly a Araceli, *La batalla de los Arapiles*, p. 796).

Estudiar: Asociado al valor de la formación, de la enseñanza recibida que te hace mejorar como persona. Lo rastreamos en el infinitivo y el participio.

Entonces comprendí más claramente que antes que yo no era nada, ni valía en el mundo más que un grano de anís, y esta consideración, irritándome en sumo grado, me infundía el mayor desprecio hacia mí mismo. ¿Por qué he nacido como he nacido? me preguntaba; y según es fácil comprender, no podía acertar con la contestación.

Y después decía: el espesor y fortaleza de estas paredes es tal, que si toda mi vida la empleara en hacerme más sabio que Séneca, más valiente que el Cid y más rico que los Fúcares, aun así no podría romperlas. Sin embargo, tal rumbo pueden llevar las cosas, que venga un día en que a los Fúcares no se les pida su ejecutoria para emparentar con la nobleza. Pero vamos a ver, ¿cómo me las compondré para llegar a ser rico? ¡Oh, miserable de mí! ¿Rico quien nada tiene? Es evidente que no se pueden ganar dos sin tener uno... Pues estudiaré hasta que pierda el seso, por ver si me hago sabio... o entraré formalmente en el ejército, por ver si de soldado raso llego a general en estos revueltos tiempos... (Araceli no puede acceder a Inés por su condición y se queja, *Napoleón en Chamartín*, pp. 726-727).

El padre Castillo volvióse a mí y dijo con afabilidad:

—En efecto, ayer nos habló de usted el licenciado Lobo. ¿Y en qué aulas ha estudiado usted? ¿Querrá leernos algo de ese famoso poema?

Yo le contesté que lo de mi ciencia latina era una equivocación, y que el licenciado Lobo me daba aquella fama usurpándola a otro (Araceli habla al padre Castillo, *Napoleón en Chamartín*, pp. 729).

Adiestrar: Hacer diestro, enseñar, instruir (DRAE). Galdós solo utiliza este vocablo una vez.

Con estos juegos iba, sin pensarlo, adiestrándome en un arte en el cual poco antes carecía de habilidad, y aquella tarde tuve la suerte de probar la sabiduría de mi maestro, dándole una estocada a fondo con tan buen empuje y limpieza, que a no tener botón el estoque, hubiéralo atravesado de parte a parte (Araceli habla de Lord Gray, *Cádiz*, p. 385).

Galdós defiende una idea que de forma coral exponen diferentes personajes, incluido el protagonista de la primera serie de los *Episodios Nacionales*: debemos estudiar, pero qué estudiar. Debemos aprender, pero qué aprender. No se trata de seguir las enseñanzas del Antiguo Régimen, con sus preceptos caducos, tampoco los propuestos por los religiosos, pues en ellos no hay nada que siga a la razón, que pueda ayudar a la modernización del Estado. Un país que ha de cimentar su avance en el conocimiento de muchos, no de pocos, en la ciencia y no en la superstición. Y en este proceso la burguesía, que empieza a despuntar con los nuevos tiempos (los del autor) ha de tener un papel importante. No obstante, Galdós defiende que la gente del pueblo, no instruida en el conocimiento escrito, también atesora muchas veces el saber ligado a la experiencia, al sentido común. ¡Deben los gobernantes oír al pueblo!

Las palabras asociadas al campo semántico de la educación facilitan también, como hemos podido apreciar, el desarrollo de la trama. Sirven de hilo conductor en lances amorosos (cartas que van y viene) y políticos. Asistimos a la lectura enardecida de artículos de la constitución, a fogosos debates en sociedades políticas o literarias. Ayudan a mostrar, en definitiva la nueva y la vieja España.

BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA BOLTA, M.^a I., “Los lectores de Pérez Galdós”, *Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1989, pp. 523-530.
- LLORENS, V., “Galdós y la burguesía” *Anales Galdosianos*, nº 3, 1968, pp. 51-59. Reeditado en *Aspectos sociales de la literatura española*, Madrid, Castalia, 1981, pp. 105-124.
- OLEZA, J., *La novela del XIX: del parto a la crisis de una ideología*, Valencia, Bello, 1976, p. 92.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Benito Pérez Galdós: arte, naturaleza y verdad, Episodios Primera Serie (I)*, edición de Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2005, volumen 2.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Benito Pérez Galdós: arte, naturaleza y verdad, Episodios Primera Serie (II)*, edición de Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2006, volumen 3.

NOTAS

- ¹ Para la cita de los fragmentos extraídos de los *Episodios Nacionales*, utilizamos la edición de Yolanda Arencibia (volúmenes 2 y 3) publicada por el Cabildo de Gran Canaria. Citada en la bibliografía.
- ² * No asociado a escuela ** Cinco referencias a la institución Escuelas Pías de Zaragoza ***Adiestrándome **** Usos asociados a “recobrar el conocimiento”.